

I CONCURSO DE MICRORRELATOS



Basílica Parroquia de Santa Engracia - Zaragoza

Tras haber dado a conocer en la Cena Solidaria del 16 de diciembre los resultados del I Concurso de Microrrelatos de Sicar, a continuación se incluyen los textos presentados por todos los participantes. Disfrutad con su lectura y os emplazamos a la segunda edición, que, Dios mediante, celebraremos el año que viene.

RESULTADO

Microrrelato vencedor: **“Conversaciones con la luna”**, de Paloma Gómez Miranda.

Segundo clasificado: **“Volver a empezar”**, de Pedro Herrero Guizueta.

Tercer clasificado: **“Súbito despertar”**, de Julián Díez González.

Vuelta a empezar

Hacía mucho tiempo que no subía a la azotea. Me resultaba muy extraño volver a pasar por aquellas escaleras viejas y oxidadas que chirriaban cada vez que uno de mis pies se apoyaba en sus escalones.

Sin embargo, nada había cambiado; el color rojizo de aquel lugar como el de las hojas de los árboles en otoño, el viento que me despeinaba y me hacía entrecerrar los ojos, el vacío desordenado y lo solitario del lugar... Todo ello, me seguía ofreciendo un pequeño oasis dentro de la ciudad donde encontrarme una vez más.

Me abroché la cazadora y saqué un cigarrillo del arrugado paquete que guardaba en el bolsillo. Lo encendí y cerré los ojos al tiempo que dejaba la mente en blanco, igual que la primera calada de aquel pitillo.

El ruido de los últimos coches camino de sus casas, la ciudad preparándose para irse a dormir con su manto de estrellas artificiales en las fachadas de las casas me servían para, desde mi escondite, poder rearmar de nuevo mi puzzle.

Frente a mí, bajo mis pies y en el horizonte, el mundo seguía su rutina y a nadie le importaba que me quedara esa noche allí con los ojos perdidos y los oídos desenchufados. Nada ni nadie se fijaban en mí. Sólo el frío tacto de la barandilla donde me apoyaba, me hacía entender que aún quedaba algo de calor dentro de mí.

Tararé la misma canción de siempre hasta que, sin darme cuenta, la gritaba con todas mis fuerzas. Era como si el que la compuso, hubiera estado en mi misma situación en el momento que la escribió. Después, completamente desvelado, volví a guardar silencio y escuché mi corazón latir. Mantuvimos un sincero diálogo. En silencio, hasta que las primeras luces del día siguiente anunciaron la llegada del primero del resto de mis días...

Pedro Herrero Goizueta

DIOS ES AMOR

-¡Mátalo, ya!

Mi compañero vociferaba impaciente, mientras yo, con manos temblorosas, apuntaba hacia un rostro cubierto de lágrimas arrodillado en la acera. Con parsimonia quité el seguro de la pistola. Ya había visto hacerlo a varios integrantes de mi banda traficante, pero yo aún no estaba preparado. El cuerpo maniatado se retorció gritando. Mantenía una ligera presión en el gatillo. Conté hasta tres mentalmente. La víctima suplicaba.

-Tres –dije en voz alta. Entonces, aunque sólo fuera en unas décimas de segundo, el destinado a morir exclamó entre el rugir del disparo:

-¡Dios, perdónalo!

El cadáver se desplomó en el oscuro callejón. No podía dejar de asestar tiros, a pesar de que ya no quedaban balas. El miedo me poseía, casi no podía mantenerme en pie. Mi socio hizo que volviera a la realidad, empujándome para escapar del lugar antes de que alguien llamase a la policía.

Han pasado trece años desde aquel día, pero todavía lo recuerdo como si fuese ayer. El momento en el que desgarré la vida de otra persona, en el que acabé con el regalo máspreciado que Dios le había dado. Aquel instante transformó radicalmente mi existencia. Había abandonado la religión de mi familia católica al entrar en la adolescencia. El dinero era lo que me hacía feliz, lo material me satisfacía. Si las drogas daban dinero y el matar daba dinero, ¿cómo poder vivir mejor? Pero, ¿qué era en definitiva la felicidad? Si todo acababa con la muerte, entonces había que vivir al máximo, ¿o no?

No. La felicidad es el amor. En la generosidad, en la caridad, en la obediencia está el amor. Y sin Dios no hay amor. En definitiva: La felicidad es Dios.

El Creador nos ha regalado muchas cosas. La principal; el alma, la existencia. Si en algún momento dejase de pensar en nosotros, desapareceríamos del mundo. La segunda, el perdón. ¡Cuánto gozo da el poder volver al rebaño habiendo estado perdido! Jesucristo es el más puro amor. Su enemigo: el miedo, el demonio. El temor a pensar en tu religión, al qué dirán, a admitir tus defectos; el miedo a cambiar. Yo tuve que abandonar todo para convertirme en sacerdote, pero lo gané todo: a mi Padre. Nadie se puede esconder del Señor, Él te conoce. Te perdonará, hayas hecho lo que hicieses. Da el salto, ama a Dios como Él lo hace a ti. Pudo absolverme a mí, a pesar de todo lo que había pecado. Aquella alma mártir, con cuya vida acabé, tenía razón. Ojalá me hubiese dado cuenta antes, ojalá pudiese pedirle perdón ahora. Tú aún estás a tiempo. Vive cada instante con amor. Experimenta cada momento con Dios.

Nombre y apellidos: Ana Villanueva

Edad: 13 años

Correo electrónico: anavruizdet@hotmail.com

LA CENA DE NAVIDAD

El árbol de Navidad y el Belén estaban situados a la entrada de la casa, en una habitación de unos quince metros cuadrados que hacía las veces de recibidor. Los invitados al llegar se detenían a contemplarlo y seguidamente pasaban a tomar asiento ordenadamente en el comedor. De fondo sonaban villancicos populares de un Compaq Disc navideño que la mujer de Miguel había comprado en “El Corte Inglés”. La familia se volvía a dar cita en estas fechas para conmemorar el aniversario de bodas de los abuelos Fidel y Rigoberta, que ya cumplían cuarenta y siete años de feliz matrimonio. El lugar elegido para la reunión era la casa del tío Miguel, la cual estaba situada en un viejo barrio a las afueras de Madrid. Esta era enorme, tenía un sinfín de habitaciones, un majestuoso salón comedor y además un jardín inmenso con columpios y un montón de pinos y abedules donde los más pequeños solían jugar.

Se respiraba un ambiente festivo. Los niños entre risas, lloros y juegos eran los protagonistas del evento y no cesaban de llamar la atención con sus sucesivas piruetas y sus idas y venidas alrededor del comedor haciendo una especie de “tren-chuchú” que Andresito dirigía con gran desparpajo, emitiendo un sonido alto y agudo cada vez que avanzaba unos pocos pasos ¡pi,pi,fa,fa,fa...pi,pi,fa,fa,fa.!. Inmediatamente detrás de él estaba Julián, un poco más retrasado e intentando con gran torpeza alcanzar a Julianín se encontraba el primo Tony, que era el benjamín de la tía Juana, y tan sólo tenía cuatro años. Tony, en un intento frustrado de alcanzar a Julianín, comenzó a patinar violentamente, llevándose por delante a sus primos, que distraídos en llamar la atención de los invitados fueron embestidos con gran violencia. Julianín propenso a la mala suerte cayó con el mentón sobre el canto de la mesa con tanta fuerza que varios de sus dientes saltaron por los aires yendo a parar a los suculentos pucheros de varios comensales que estupefactos no daban crédito a lo que sucedía.

La abuela Rigoberta no podía creer lo que veía, Julianín estaba sangrando como si de una regadera se tratase y lloraba amargamente, Tony apenas podía levantarse del suelo y gritaba quejosamente señalándose con la mano el tobillo izquierdo que había pasado a ser una pelota del tamaño de un melocotón y, sobre él, Andresito no podía parar de reír al ver a sus dos primos en ese estado.

Todo se había convertido en una tragicomedia, la abuela comenzó a gritar desesperadamente perdiendo los nervios y en pocos segundos el salón se había convertido en un hospital de campaña. Unos atendían a Julianín que se había abierto el labio y sangraba profusamente, otros trataban de calmar a la abuela que exasperada había comenzado a tener síntomas claros de ansiedad y otros pocos intentaban ayudar a Tony, quien parecía tener el tobillo roto, a levantarse. Mientras, Andresito continuaba riendo a carcajadas desencadenando el desvanecimiento de la abuela y provocando un caos colectivo.

La fiesta de Navidad había terminado, los niños lloraban, la abuela estaba tendida en el suelo inconsciente, Andresito continuaba riéndose y los padres de los niños observaban lo sucedido sin saber muy bien qué hacer. Rápidamente llamaron a los servicios de urgencia del Samur para trasladar a los niños y a la abuela al hospital más cercano.

A las pocas horas los niños salían del hospital con caras sonrientes, Tony con una pierna escayolada y Julianín con varios puntos en el labio inferior; la abuela, por fortuna, se había recuperado antes de llegar al hospital. Y es que en la familia Solano todos los veintitrés de diciembre nunca ocurre nada, bueno, o casi nada.

El cúmulo de infortunios de un inexperto escritor

El otro miércoles (puede que incluso jueves, pues siempre he tenido un cerebro un poco deslucido en función del tiempo), compré uno de esos utensilios por todos conocido con el que poder escribir sin menester de servirme de un boli u otro instrumento que precise del movimiento de mis dedos en sostenerlo. Perdonen ustedes que no mencione el nombre del chisme, pero en mi domicilio este es reconocido como el mismísimo demonio por los motivos que en breve les cuento. Describiré el chirimbolo (si desconocen qué es) diciendo que no es uno de esos objetos modernos con los que meterse en internet o poseer documentos en el escritorio; no. Vivió en tiempos remotos (unos diez lustros) y es conocido por ser el núcleo, el eje del empleo de escritores y reporteros. Creo que se entiende, por lo que continúo. ¿Por qué lo compré? Porque el lunes (de esto sí estoy seguro) un vecino me comentó su intención de escribir un cuento, pues se informó de un concurso viendo el televisor y yo, ingenuo e ingenioso, me interesé. Pero si escribo un cuento, pensé, no lo puedo componer de un modo corriente. Me sentí seducido por esos portes frecuentes en pelis de cine negro, con el típico escritor dispuesto enfrente de mi reciente chisme, en un estudio medio oscurecido, con el sombrero protegiendo los sesos y un pitillo cuyo humo envuelve este contexto en modo de hipnosis. Eso es lo que quiero. Y, me dije, solo es posible obtenerlo en un sitio concreto, técnico, con costumbre de vender estos utensilios, pues no se ven ni en los comercios más concurridos: los tenderetes de pobres gentes (codiciosos muchos) que se ponen en el crepúsculo con objeto de expendernos sus fingidos chollos. Costó menos de lo que supuse, pero vi pronto el por qué. De noche, fluyeron por mi mente bocetos de muchos cuentos, todos sin detenerse, y por ello, dispuse todo el equipo y empecé mi micro-libro. O eso quise, porque no logré mi objetivo. Busqué y, en efecto, encontré todos los botones de este trebejo de Lucifer, todos con su correspondiente símbolo, excepto uno. Conseguí poner distintos términos, pero me volví loco de todos modos. ¿Cómo escribir un cuento suprimiendo uno de los cinco cimientos de nuestro compendio de signos lingüísticos? El viernes volví donde lo compré, pero (provechos de este ejemplo de negocios) el tipo en cuestión debió huir corriendo en el momento de mentirme. Pensé soluciones con el objetivo de resolver este entuerto, y surgió de pronto mi fiel compinche de festejos, fútbol y empleo. Yo, como un tonto, lo puedo escribir con el boli, y él lo introduce en su “Computer” (como él le dice creyéndose moderno), y lo imprime. “Sí, corriendo. Fruto de dos pero tú consigues el premio en el concurso. Vete, que eres un gorrón” Deprimido, descontento, y con cierto recelo sobre si este tío me quiere o no, me volví loco (sí, de nuevo) y desmonté por todos los sitios el chisme con objeto de ver si uno puede construir el botón que fue omitido por el señor de turno. Como es obvio (no probéis vosotros) mi último impulso con tintes épicos terminó de un modo penoso. En este momento solo pienso en irme del concurso. Con el ímpetu que tuve desde el principio, con ilusión por todos los sitios... Pero bueno, debo ser objetivo y, no lo sé del todo, conseguir un chisme moderno que no me deje perdido. De todos modos, esto es de idos, ¿cómo quieren que piense en escribir si no tengo el primer signo de nuestro código lingüístico?

Pablo Úrbez Fernández

Fecha de nacimiento: 10-Octubre-1994

Dirección: Comuneros de Castilla nº 11, 7º C, 50002 Zaragoza

Teléfono: 976294987

PENSAMIENTOS DE UN BEBÉ

Si no tuviera derecho a vivir, dejaría que me hicieras lo que quieras, pero no es así. Yo no soy tuyo, soy de Dios, no puedes hacerme esto. ¿Cuál es el mal que te he causado yo? Oigo que papá habla contigo, tú estás confusa, no sabes que hacer, papá te sigue dando consejos, y yo me pregunto: ¿SABÉIS QUÉ EXISTO? ¡Tengo opinión! No entiendo como papá y tú no me oís, ¡tengo la solución! Dejadme salir, quiero ver la luz que produce el sol, quienes son mi papá y mi mamá, si tendré hermanos... Si pudierais entenderme, pero como yo solo se dar patadas. Tengo corazón, sé que podré amar. Dios me manada al mundo con el fin de una misión, dejadme cumplirla, pues soy un enviado del Señor.

Mamá se decide, no entiendo que dice. Papá empieza a llorar, ¡qué alguien me explique qué es lo que ha pasado!

Pasan unos días y veo unas manos llevándome. ¿Será que ya he muerto? Abro un poco los ojos, veo a alguien. ¿Dios? ¿Papá? ¿Mamá? ¿El doctor? Mamá está contenta, papá también, ya no llora. Si no son ellos, ¿quién me está cogiendo? Escucho la palabra “hermana” seguida de “Julia”, entonces, ¿eso quiere decir que tendré una amiga en casa, qué cuidará de mí? Quiero darle las gracias a mamá y a papá, pero cuando voy a decir algo, muevo la boca y oigo unos ruidos muy extraños que produce ella. ¡Qué extraño! Entonces oigo a Julia decirle a mamá:

- Gracias por tener este bebé, mamá. Jesús será muy bueno, te lo aseguro.

Así que, ya sé cómo me llamaran todos, Jesús. ¡Qué sabia es mi familia! El nombre de mi Señor, de mi Salvador y me lo ponen a mí.

DATOS:

- Nombre: Inmaculada Palos Hidalgo
- Años: 13
- Correo electrónico: paloshidalgo@hotmail.com

CONVERSACIONES CON LA LUNA

- Es tarde, Germán...incluso para ti.

Apareció por detrás de “su sauce”, como ella solía llamarlo. Estaba radiante. Su reflejo en el lago hacía que las hojas otoñales que habían encontrado su ocaso parecieran hermosas guirnaldas. Sonreía de una forma cálida y familiar, pero tenía el rictus melancólico de quien no ha conocido más amistad que la de la soledad.

- Lo sé, lo siento. Pensaba que hoy lo conseguiría...Yo...sólo creí que... - Hundió el rostro entre sus manos al mismo tiempo que se derrumbaba sobre el suave césped y rompía a llorar.
- Shhhh, no llores. Lo estás haciendo muy bien. Todo esto pasará. Las noches en vela, el dolor...- Le acariciaba el pelo con sus dedos, intentando transmitirle el sosiego que tanto tiempo llevaba buscando. Su dulzura consiguió que el llanto se convirtiera poco a poco en leves suspiros, hasta casi desaparecer.

Él no respondió. No podía articular ni una sola palabra sin llorar de nuevo. La había querido tanto...Su amor había sido tan grande y tan puro que el solo pensamiento de su ausencia le resultaba insoportable y le desgarraba el corazón una y otra vez.

- Germán, volverás a sentir – Ella miraba al infinito, y la profundidad de su mirada reflejaba un alma joven y al mismo tiempo increíblemente envejecida– Volverás a aferrarte a la vida.

Sí. Ya se lo había dicho otras noches. Pero siempre era la misma pregunta la que le atormentaba. Una pregunta que necesitaba formular desesperadamente a pesar de conocer la respuesta.

- ¿Volveré a sufrir?

Apenas fue un susurro, pero ella conocía sus inquietudes y supo entenderle. Asintió lentamente, con tristeza. Él no pudo reprimir el llanto mientras le mecía en sus brazos.

- Y también amarás con todo tu corazón. Cuanto más profundo sea el amor, más intenso será el dolor. Son las dos caras de una misma moneda. Sin conocer una...no puedes conocer la otra. Es lo que hace que merezca la pena.

Sabía que tenía razón. No podía hundirse. Tenía que salir adelante y recuperar su alegría. Pero antes tenía que convencerse de todo lo que le había enseñado.

- ¿Cuántas veces tendrás que repetírmelo?

Su voz sonaba mucho más serena. Ella le miró atentamente y ladeó la cabeza, como si estuviera pensando la respuesta adecuada.

- Te lo recordaré siempre que lo necesites y vengas a buscarme – contestó al fin.
- ¿Y después? ¿Qué pasará después? – El cansancio le obligó a bostezar.

Le aterraba la respuesta. Ella pudo leerlo en sus ojos, y le acarició con ternura.

- Después ya no me necesitarás más...– sonrió, y siguió peinando su cabello.
- Te echaré de menos...- Consiguió decir antes de caer en un profundo sueño en el mismo momento en que el viento arrastraba el sonido de una canción de cuna.

Relato: Conversaciones con la luna

Escrito por: Paloma Gómez Miranda

CAMINANDO

Silencio. Ha llegado desde muy lejos y está agotado. No sabe si va a poder continuar. Las hojas verdes del camino le acarician las piernas, las ramas de los árboles susurran que aún viven, responden a los movimientos que el viento les va dictando. Es el único sonido que se oye junto con su fuerte y entrecortada respiración. El cielo se abre majestuoso y despejado de nubes. Mientras trata de recuperar el aliento perdido por la larga caminata se remonta al principio de su camino. Está tan borroso, tan lejano. Ha sido tan duro. Conjugado con ratos alegres y felices, con otros ciertamente doloroso, difíciles, con graves decisiones.

En el inicio fue muy fácil, caminaba sin saberlo, simplemente seguía adelante. Pero se fue agravando a medida que fue tomando conciencia de lo que tenía, lo que podía perder, lo que dependía de él y lo que no. A medida que iba creciendo el camino se fue volviendo más y más empinado. El camino que se presentaba llano, liso, y fácil se oscureció y se endureció. No solo por el paisaje sino que por él mismo. De no llevar nada cargando en la espalda, fue sosteniendo más responsabilidades y también se le iban aparegando necesidades que él consideraba esenciales.

La propia carga que se imponía se completaba con las dificultades del camino, piedras, barrancos, caminos con distintos sentidos y sin indicaciones, lluvia... la tentativa de volver era grande. Pero volver suponía retroceder. Perder. Suicidarse. Volver era la prueba de no haber estado a la altura de lo que se esperaba de él. De que nada había valido, que todo había sido en vano.

A veces tuvo que pararse para pensar fríamente y otras retroceder, no hasta el inicio, pero sí para seguir la senda correcta. Las caídas habían sido dolorosas, sobre todo las que no sangraban, las que cayó en un momento y no lloró, las que fue madurando en su interior, reconcomiéndole hasta que cicatrizaron y no suspiró tranquilo hasta que por él vio que hizo lo correcto, aunque doliera.

Se ajusta los calcetines roídos de tanto trote y anudando fuertemente los cordones de las zapatillas, testigos también del peregrinaje, sonrío acordándose de los buenos ratos, la respiración va volviendo a la normalidad. La naturaleza es madre y cobija a sus hijos, él se nutrió de ella. Conoció gente que le ayudó a sobrellevar la carga, a salir de si mismo, a descubrir sus carencias y servir con sus virtudes. La riqueza de la gente es tan grande que no puede medirse con palabras, recuerda hasta con agrado aquellos que le dificultaron seguir adelante, por ellos él se superó, fueron piedras en los zapatos; y continuó.

Y ahora, mira al horizonte. Ya no va acompañado por gente, se encuentra ante su final, en este tramo tiene que ir solo. Poco a poco se ha ido despojando de aquello que le llegó a pesar mucho durante el camino, se ha ido abandonando de si mismo y ahora, se vuelve ligeramente, no con melancolía, sino enorgulleciéndose de su ardid, respira hondamente llenando sus pulmones de aire puro. Se yergue sobre sus pies en la medida en lo que su cuerpo desgastado le permite y alejando todos los temores que le rodeaban durante todo este tiempo pero con algo de nerviosismo, continua cada vez más cerca de su meta, dirigiéndose hacia aquel que como una sombra imperceptible la mayoría de las veces, pero presente siempre le ha estado acompañando desde el principio de sus días.

María Palos Hidalgo.- 24 años.- jbjovita@hotmail.com

ATISBOS DE LUZ

Oscuro.

Todo oscuro.

No veo una mierda.

Me he dado un par de golpes. Algún rasguño. Nada importante.

Sigo caminando. Tengo fe. No veo nada, pero camino, de eso va la fe, ¿no?

Se ven destellos de ciento a viento... Malditos, no son más que atisbos de intentos de brillos vacíos.

Me detengo. Algo brilla.

No es como los atisbos, esto brilla de verdad.

Me acerco. No demasiado, no quiero cegarme.

Me insinúo, pero no ocurre nada.

Me acerco, más. Mis pupilas se cierran lentamente, muy lentamente, mientras mis ojos se abren. Prestan atención a la intriga de lo inquietante, oculto en ese brillo.

Ahora casi veo.

Estremecedor.

Fue un instante. Solamente un instante. Lo que permitió que entreviera lo oculto de ese destello.

Pero eso bastó.

Ahora cada día tengo un trocito de luz, brasas de aquel instante.

Sonrío.

Vómitos. Placer

Ansia. Paz

Añoro, tristeza. Alegría

Inquietud.

¿Qué fue?

¿Qué había allí?

Dos preciosos y transparentes ojos.

Y una sonrisa. Una sublime y dulce sonrisa.

Sólo eso....

Seguiré caminando, con mi pequeña luz.

PABLO SOLÁNS MARTÍNEZ

psolansmartinez@gmail.com

606 344 389

Súbito despertar (JULIAN L. DIEZ GONZALEZ)

No es frecuente, pero a veces me ocurre.

Me acabo de desvelar sin motivo. Son las tres de la mañana. De golpe he pasado de un profundo sueño a una perfecta vigilia.

Por hacer algo, me asomo a la ventana.

Mi casa, edificada sobre un altozano, es la última del pueblo, que asciende perezoso hacia ella. A sus pies, al otro lado del discreto torrente, se extiende una pequeña meseta que, iluminada por la luna llena, ahora parece inmensa y vacía.

En su centro, el cementerio. Unos cientos de metros me separan de él. Es natural que hacia allí se dirija mi atención.

Sorpresa. Entre la masa indefinida de las tumbas lejanas, resplandece una chispa azulada. Me froto los ojos. Sí. Estoy totalmente despierto. Sí. Ese brillo es real.

¿De donde procede? Como respuesta, enseguida acuden a mi mente una explicación: los fuegos fatuos. Siempre he oído hablar de ellos. Nunca los he visto.

Curiosidad. A esta distancia mi vista y mi imaginación se agudizan, y la intuición se confirma. En un momento esa centella vibra levemente. Danza. En otro se oculta. Después reaparece.

Sobre el pijama, me pongo rápido el pantalón y la chaqueta. No debo perder esta oportunidad. No volveré a hablar ya del tema por referencias. Me calzo.

En la calle se respira una amable noche de primavera. Silencio.

Siento inquietud, emoción. La salida toma visos de aventura.

No hay riesgo, me digo. Se trata de un simple fenómeno físico. No tiene misterio alguno. En todo caso poesía. Anda por ahí un amable duende juguetón y saltarán.

Unos perros me perciben y se rompe la paz. Atrás quedan las bardas de los últimos corrales.

Procuro retener el paso. Me insisto en que estoy disfrutando de esta noche plácida y serena. Me doy ánimos. Pero reconozco que no poseo la tranquilidad que desearía tener.

El puente me ha abocado a la llanura. Desde esta posición, más baja, del cementerio vislumbro únicamente su tapia lateral.

Solo la luna me acompaña. Mi sombra se me adelanta.

El pueblo, a mi espalda, duerme ajeno a mi osadía.

Vuelve el silencio y se impone la soledad.

No. No corro. Sin embargo, el corazón me palpita.

¿A quién contaré mañana este episodio?

El camposanto se acerca impertinente.

Llego al ángulo de sus muros. En unos instantes contemplaré lo que, a la vez, me atrae tanto y me enerva. Estoy sobre ascuas. ¿No debería regresar?

Alcanzo el portón y me aferro a los barrotes. Observo, a través de ellos, tenso, inseguro. Nada. Hileras de tumbas bajas. La luna riela sobre las pulidas losas.

Insisto. Miro ya con despreocupación y fijeza. Nada. ¿Qué habrá sido?

De pronto la brisa se agita y, enganchada en el brazo de una cruz, ondea y refulge una bolsa de plástico.

No hay más. Todo está claro. Nada fuera de lo habitual. Sólo hubo fantasía.

Mi única reacción es un bostezo.

Vuelvo a casa.

Son ya casi las cuatro. Noto cansancio. Mañana es día de trabajo.

Tedio. Desencanto.

Fatuo el fuego. Fatua mi ilusión... Fatuo yo.

EL AMOR

El Amor es uno de los grandes dones que Dios nos envió en su total plenitud, dejándose Él, expuesto en la cruz como ejemplo hacia nosotros. “Tanto amó Dios al mundo que envió a su único Hijo” Juan 3:16.

Aunque hoy en día el amor está muy camuflado en el egoísmo y en los intereses personales, sin embargo, sigue ahí presente, ya que los cristianos lo defendemos y mejoramos en nuestro día a día, ya que es el proyecto que Jesús nos dio en su mandamiento nuevo. “Amaos unos a otros como yo os he amado” Juan 15, 12.

Muchas veces, e incluso la mayoría que me enfado con la gente, es debido a que ellos no me demuestran tanto amor como el que yo pienso que les he dado, parece una chiquillada pero no me gusta verme utilizado; y pienso, Jesús amó y perdonó al que le traiciono, y yo ¿por qué no puedo perdonar a mi hermano?. “Perdonaras a tu hermano hasta setenta veces siete” Mt 18, 22.

La vida, es el gran camino que tenemos para descubrir en sus variedades, los diferentes sentimientos del amor: cuando quiero a un hermano, hoy en día pocos cristianos seguimos utilizando” el beso de la paz al saludarnos con nuestros hermanos” Rom 16, 16; amar a nuestra persona tan especial (nuestra pareja), querer a nuestra familia y adorar a Dios en todo su gran amor, que está envuelto en nosotros. Muchas veces somos incapaces de percibir el amor, debido a que solo nos fijamos en lo negativo y en las desgracias que nos depara la vida, las achacamos a Dios, les echamos las culpas a los otros, porque no sabemos a quién echárselas.

No puedo soportar, ver que las personas que les aprecio y les he dado mi confianza, me hieran a través de gestos y acciones. Recuerdo que una vez le comenté a un gran amigo sacerdote, que me quería vengar de esas personas, pero él me dijo: -Jorge, ¿tú quieres mejorar el mundo o por lo contrario, empeorarlo? Porque esas acciones conducen a más odio y confrontaciones.

Esa frase me demostró, que es una tontería perder mi tiempo en empeorar este mundo, en lugar dedicarlo a disfrutar amando a los demás y dejarme ser amado. Y mi primer ejercicio fue en conseguir perdonar de corazón a varias personas que consideraba mis mejores amigos, porque renegaron de mí, por la forma de vivir mi fe.

Para poder escribir esta pequeña redacción, he tenido que tomar lo más esencial que siempre se nos olvida: el amor que Dios ha depositado en nosotros (este caso en mí), el amor que le doy al mundo y por supuesto el amor que me devuelve.”Queridos jóvenes, escuchad de verdad las palabras del Señor para que sean en vosotros Espíritu y vida” (Benedicto XVI en la JMJ 2011 Madrid).

Como dijo una vez un gran sabio:” Solo se vive de verdad, el tiempo que se ama.”

Jorge Gracia Solanas

LUZ

En ese tiempo intermedio que hay entre la cena y el acostarse, justo en el momento en que uno estaba a punto de mandar un mensaje por internet a un amigo, el otro reía viendo la TV, y otro estaba tenso a causa del suspense de una película; el otro estaba hablando por teléfono y el que menos leyendo: se fue la luz.

Tras un primer sentimiento de confusión, propio de quien se ve inesperadamente a oscuras, los vecinos más prácticos pensaron ir a sus respectivos diferenciales para dar la luz y otros se pusieron a llamar a los otros miembros dispersos de la casa para juntarse, como si en la imprevista oscuridad hubiese de llevarse esa reagrupación.

No volvió la luz pero si las palabras, pero ya no eran las palabras abarcales y excluyentes de la televisión, no eran las palabras de una canción o la palabra dicha a una persona lejana a través del teléfono; eran las palabras entre los miembros que vivían en la casa, eran palabras entre familiares e incluso entre vecinos que coincidían al asomarse al pasillo.

Estas palabras al principio era interrogativas y especulativas sobre el porqué se había ido la luz y cuándo volvería, pero esas palabras, se fueron desviando poco a poco a otros temas y resultó que, en la época que mas juntos vivían los hombres en sistemas de propiedad horizontal, el familiar tenía algo que decir al otro, el vecino al otro vecino. Empezaron a compartir sucesos, hechos y opiniones al vecino aquel que de normal sólo le dirigía un “hola” o un “adiós” cuando coincidían en el ascensor o en la escalera.

El joven Miguel, que no le interesaban las nuevas conversaciones de sus mayores y tampoco tenía nada que hacer, bajó al patio a ver la oscuridad que se había hecho en el amplio patio de entre bloques.

Pero su soledad pronto cesó porque otros chicos y chicas también hicieron lo mismo. Pronto empezaron a hablar y a jugar largo rato en la casi oscuridad y al final, estando todos sentados en el patio surgió, gracias al redescubierto cielo estrellado y la oscuridad, algo mágico e increíble, una conversación verdadera, de aquellas que requieren de un tiempo y un modo propio y especial porque se abre el alma y se habla con profundidad.

Cuando Miguel y los otros chicos se acostaban tenían la sensación, sin ser conscientes de ello, de haber vivido algo sencillo y grande, algo verdadero. Se acostaron felices.

Este ambiente mágico no sólo ocurrió en el patio sino también dentro de las casas. Hubo parejas que se volvieron a encontrar después de haber vivido tantos años juntos gracias al silencio y a la luz mágica que producían las velas. Hubo vecinos que conversaron muy en serio, casi en susurros y descubrieron que no estaban solos. Hubo vecinos que simplemente estuvieron pensando, y pensaron porque no había ruido, ni cosas en apariencia más importantes que ver y hacer, ni luz que interrumpiese el encuentro propio. Un vecino planeó realizar un proyecto que tenía pensado desde hacía años, otro pensó en un suceso del que solo tenía datos y otro se acordó de una vieja amistad.

Al día siguiente volvió la luz y la compañía eléctrica tuvo que responder a las críticas de algunos vecinos por haber dejado a una parte de la ciudad sin luz.

Por la noche Miguel volvió a salir al patio pero era otro lugar distinto al de ayer, la fuerte iluminación de las farolas hacía parecer que fuera casi de día y las estrellas, que seguía brillando, estaban ocultas. Espero un rato pero nadie bajó, uno estaba a punto de mandar un mensaje por internet a un amigo, el otro reía viendo la TV, y otro estaba tenso a causa del suspense de una película; el otro estaba hablando por teléfono y el que menos leyendo.

Datos personales:

Javier Martínez Mallén
Antiguo catequista de Sta. Engracia
Tfno. móvil: 650-87-71-09
Correo electrónico: javinico2003@hotmail.com